

GACETA MÉDICA DE MÉXICO



PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.



CORONA FUNEBRE

QUE LA

ACADEMIA DE MEDICINA DE MEXICO

CONSAGRA A LA MEMORIA DEL ILUSTRE CATEDRÁTICO
DE CLÍNICA INTERNA

DOCTOR DON MIGUEL F. JIMENEZ

QUE FALLECIÓ EL DÍA 2 DE ABRIL DE 1876.



LA pérdida del sabio profesor de Clínica que con profundo sentimiento anunciamos en nuestro último número, es irreparable. Consagrado há muchos años al estudio de este importante ramo de la Medicina, habiendo adquirido en él un hábito y una seguridad que solo el tiempo y una dilatada experiencia pueden dar, su muerte viene á dejar un vacío que en muchos años no podrá llenarse.

El Sr. Jimenez fué varias veces Presidente de la Academia de Medicina: su asiduidad en el trabajo, su palabra fácil y amena, sus conocimientos prácticos indisputables, hacian que las sesiones que él animaba con su presencia nunca languidecieran.

La Academia de Medicina nombró á su Vicepresidente para que la representase en los funerales que tuvieron lugar el día 8 del presente en el salon general de la Escuela de Medicina. A las dos de la tarde de este memorable día, una numerosa concurrencia, compuesta de lo más escogido de nuestra sociedad, llenaba el salon de la Escuela, donde desde el día 4 estaba depositado el cadáver.

El duelo era presidido por el Sr. D. José María Iglesias, acompañado de los Profesores de la Escuela.

Cada una de las Sociedades científicas de la Capital envió un representante que pronunció un discurso en merecido elogio del finado. Hemos tenido la fortuna de reunir la mayor parte de estas piezas literarias, y las publicamos hoy, formando con ellas una última página para honrar su memoria.

Los discursos pronunciados en esa ceremonia por los Sres. Eduardo Garay á nombre de la Escuela de Ingenieros, y Adrian Segura por la Sociedad Iatrodéfica, fueron dichos de palabra, y no nos ha sido posible consignarlos.

Damos tambien como un abseguio á los suscritores de la Gaceta, el retrato del distinguido maestro, cuya muerte será sentida en toda la República; pues desde California hasta Yucatan están esparcidos sus numerosos discípulos, que consagrarán sin duda á su memoria un recuerdo de gratitud.

El Sr. Jimenez nos ha legado el blason de su renombre médico, unido para siempre á las glorias nacionales. Sus altas prendas de carácter y entendimiento resplandecen ya con la luz serena que brota de las tumbas gloriosas.



SILENCIO, soledad, sombras, negrura,
 De amarillenta luz rayo perdido,
 Pliegues horrendos de la noche oscura,
 Pavorosa quietud y eterno olvido:
 Este es el cuadro aterrador y mudo
 Que circunda la losa carcomida
 Del túmulo sombrío,
 Que inútil sirve de marmóreo escudo
 A las cenizas del que, ya sin vida,
 Yace sin fuerza, sin saber ni brío.
 Despues que la ruidosa muchedumbre
 Abandona el lugar donde le deja,
 Envuelto en su miseria y podredumbre;
 Despues que más y más de allí se aleja,
 Vienen los elementos
 Con su voz destructora:
 Siniestros silban los sonantes vientos;
 Surge, se acerca, ruge asoladora
 Sobre la tumba la feroz tormenta,
 Que arrasa sus cimientos,
 Y allí la nada su dominio asienta.

¿Esta es la muerte, el fin de ese camino
 Que nuestro sér recorre en la existencia,
 Borrando hasta sus huellas el destino,
 Perdiendo con su nombre hasta la esencia?
 ¿Este es el cuadro que, rota la venda
 Ante esa realidad con sus colores,
 Vemos al fin de la terrestre senda,
 En premio del afan y los dolores?

Oh! no; la muerte no es aquella entrada
 Do dejase, entre horrores,
 Su sentencia el no sér, con torpe anhelo:
Lasciate ogni speranza., allí grabada:
 Es el principio del primer consuelo;
 Es el final de la primer jornada.

Aquí su mano oculta
 La destruccion forzosa, en este abismo,
 Que el impalpable aliento no sepulta,
 Sino solo el raquítico organismo,
 Que á la naturaleza
 Los elementos vuelve en su pureza,
 Despues de que formaran aquel todo.
 Así, al caer en la caliente tierra,
 El sucio, negro y descompuesto lodo,
 El agua se evapora que éste encierra,
 Hacia la altura sube
 Y, al bañarse en la luz que le rodea,
 Se torna luego en esplendente nube;
 Mientras que el polvo, que entre el fango ondea,
 Llevado por las ráfagas del viento,
 Se deshace, se pierde en un momento.

El hombre es como el sol; tiene su Oriente:
 Se anuncia puro, cual rosada aurora,
 Se levanta despues, alza su frente,
 Aparece ante el mundo que colora;
 Sigue su marcha así, bello, radiante,
 Benéfico, sublime, deslumbrante.
 Ya oculto tras densísima neblina,
 Tiene en la oscuridad su nacimiento
 Y entre el rudo turbion muerto camina,
 Lanzado en su continuo movimiento.
 Ya brillante, ya oscuro, nunca el paso
 Detiene en su forzoso derrotero,
 Que perdido no va solo al acaso,
 Y al tocar al final de su sendero,
 Él tambien, como el sol, tiene su Ocaso.

Mirad ahí: la luz de esa pupila,
 Que apagara la muerte con su sombra,

Tocó á su fin, y ocaso le nombra,
Y en otra esfera su esplendor cintila.

Ese hombre que ahí veis ya sin sentido,
No es el astro que, oculto é ignorado,
Nació entre nieblas y vagó perdido
Por el cielo del mundo en el pasado:
Es el sol que, al sentirse en su Occidente,
Despues de prodigar su luz copiosa
Y su calor benéfico, reposa,
Hundiendo altivo su divina frente;
Mas no para destruirse tras el monte
Que limita la vista pesarosa,
Sino para alumbrar otro horizonte.

¡Oh, cuántos, cuántos, al sentirse heridos
Por la espada del mal, irán en vano
A buscar sus cuidados bendecidos,
Sin encontrar su saludable mano!
Entónces, en lugar del aislamiento
Que rodeara su huesa, bendiciones
Se alzarán de los tristes corazones,
Unidas con la voz de su lamento.

¡Mirad ahí, que hoy yerto y entregado
A la naturaleza, está el conjunto
De elementos, que ayer hubo animado
Aquel soplo vital! Este es el punto
En que el espíritu, fogoso, emprende
Su segunda jornada, y aquí vuela,
Potente nave que las olas hiende,
Dejando en ellas su plateada estela.

Esos restos que veis, son la hojarasca
De aquella planta que os brindó sus flores
Y que, al ímpetu cruel de la borrasca,
Su verdor ha perdido y sus olores.
Y si nunca produjo alguna espina,
Que os punzara jamás, hoy que se inclina
Y muerta se consume,
Guardad en vuestras almas su perfume.

Ella dejó sembrada en vuestra mente,
 De la ciencia y virtud frutos copiosos,
 La fecunda simiente,
 Que si germina viviréis dichosos:
 Id, pues, en pos de su última morada,
 Y del laurel que forma su grandeza,
 La corona tejed que, colocada
 En su fosa, disipe la tristeza.

Sí; tú puedes, si es dable á tu albedrío,
 Contemplar con anhelo,
 En este cuadro lúgubre y sombrío,
 La gratitud mostrándote su duelo.

Sigue al destino, corre á do te llama,
 Dejando de tu génio las señales,
 Mientras escribe la incansable fama
 En su libro tus obras inmortales;
 Sigue, espíritu, sigue; tu memoria
 Guardará agradecido siempre el hombre.
 Desde hoy que dejas la terrestre escoria,
 Brillará sin cesar tu augusto nombre
 A la luz infinita de tu gloria.

FRANCISCO SALGADO.



SEÑORES:

A inteligencia, ha dicho un gran poeta, (Ferdusi) es el mayor dón de Dios, y la accion más meritoria es celebrarla. La inteligencia es la guía de la vida; alegra el corazon y es un auxilio en este mundo y en el otro. La razon es la fuente de tus alegrías y de tus amarguras, de tus ventajas y de tus pérdidas. La inteligencia te da el valor en este mundo y en el otro, y si se destruye la razon cae el hombre en la esclavitud. La inteligencia es el ojo del alma, y si bien lo consideras,